



Cercanías de Argel.—Jardín de Azán.

RECUERDOS DE CERVANTES.

«5.º Iten, si saben ó han oído decir que en el año de quinientos y setenta y siete, habiéndole sus deudos (á Miguel de Cervantes y Saavedra cautivo entonces en Argel) enviado dineros para su rescate, y no pudiendo acordarse con su patron, porque le tenía por hombre de mucha calidad, deseando servir á Dios y á S. M., y hacer bien á muchos cristianos é principales caballeros, letrados sacerdotes que al presente se hallaban cativos en este Argel, dió orden como un hermano suyo que se llama Rodrigo de Cervantes, que desde Argel fué rescatado el mes de agosto del mismo año de los mismos dineros dichos del dicho Miguel de Cervantes de su rescate, pusiese en orden y enviase de la playa de Valencia y de Mallorca y de Ibiza una fragata armada para llevar en España los dichos cristianos, y para mejor efectuar esto se favoreció del favor de D. Antonio de Toledo y de Francisco de Valencia, caballeros del hábito de San Juan, que entonces estaban en este Argel cativos, los cuales le dieron cartas para los visoreyes de Valencia y Mallorca y Ibiza, encargándoles y suplicándoles favoreciesen el negocio....»

«6.º Iten, si saben ó han oído decir que esperando la dicha fragata dió orden como catorce cristianos, de los principales que entonces había en Argel cativos se escondiesen en una cueva, la cual había él de an-

tes procurado fuera de la ciudad, donde algunos de los dichos cristianos estuvieron escondidos en ella seis meses y otras menos, y allí les proveyó y procuró proveer y que otras personas proveyesen de lo necesario, teniendo el dicho Miguel de Cervantes el cuidado cotidiano de enviarles toda la provision, en lo cual corria grandísimo peligro de la vida, y de ser enganchado y quemado vivo, hasta que ocho dias antes del término en que la fragata había de venir, el dicho Miguel de Cervantes se fué á encerrar en la cueva con los demas....»

«7.º Iten, si saben ó han oído decir que en efecto la dicha fragata vino, conforme á la orden que el dicho Miguel de Cervantes había dado, y el tiempo que había señalado, y habiendo llegado una noche al mismo puesto, por faltar el ánimo á los marineros y no querer saltar en tierra á dar aviso á los que estaban escondidos no se efectuó la huida....»

«8.º Iten, si saben ó han oído decir que estando así desta manera todos escondidos en la cueva, todavía con esperanza de la fragata, un mal cristiano que se llamaba el Dorador, natural de Melilla, y que sabia del negocio, se fué al rey que entonces era de Argel, que se llamaba Azán; y le dijo que se quería volver moro por complacerle, le descubrió los que estaban en la cueva, diciéndole que el dicho Miguel

de Cervantes era el autor de toda aquella huida, y el que la había urdido, por lo cual el dicho rey el último de setiembre del dicho año envió muchos turcos y moros armados á caballo y á pié á prender á el dicho Miguel de Cervantes y á sus compañeros...»

«9.º Iten, si saben ó han oído decir como llegados los turcos y moros á la cueva y entrando por fuerza en ella, viéndose dicho Miguel de Cervantes que eran descubiertos, dijo á sus compañeros que todos le echasen á él la culpa, prometiéndoles de condenarse él solo, con deseo que tenía de salvarlos á todos, y así en tanto que los moros los mantaban, el dicho Miguel de Cervantes dijo en voz alta, que los turcos y moros le oyeron: ninguno de estos cristianos que aquí están tienen culpa en este negocio, porque yo solo he sido el autor del, y el que los ha inducido á que se buyesen; en lo cual manifestamente se puso á peligro de muerte, porque el rey Azan era tan cruel que por solo huirse un cristiano é porque alguno le encubriese ó le favoreciese en la huida, mandaba ahorcar un hombre, é por lo mismo cortarle las orejas y las narices; y así los dichos turcos, avisando luego con un hombre á caballo de todo lo que pasaba al rey, y de lo que el dicho Miguel de Cervantes decía que era el autor de aquella emboscada y huida, mandó el rey que á él solo trujesen, como le trujeron, maniatado y á pié, haciéndole por el camino los moros y turcos muchas injurias y afrentas...»

«10.º Iten, si saben ó han oído decir como presentado así maniatado ante el rey Azan, solo sin sus compañeros, el dicho rey con amenazas de muerte y tormentos, queriendo saber del como pasaba aquel negocio, él con mucha constancia le dijo que él era el autor de todo aquel negocio, y que suplicaba al Sú Alteza si había de castigar á algunos fuese á él solo pues él solo tenía la culpa de todo; y por muchas preguntas que le hizo nunca quiso nombrar, ni culpar á ningún cristiano, en lo cual es cierto que libró á muchos de la muerte que le habían dado favor y ayuda, y á otros de grandísimos trabajos, á quienes el rey echaba la culpa, y particularmente fué causa como el M. R. P. Fr. Jorge de Olivar, que entonces estaba en Argel redentor de la Orden de nuestra Señora de la Merced, el rey no le hiciese mal, como deseaba persuadido que él había dado calor y ayuda á este negocio...»

Cuantas veces he leído esta relación que el buen soldado de Lepanto presentaba entre sus méritos para alcanzar un miserable destino en Indias, cuantas he recorrido las sencillas y patéticas páginas del Padre Huelo, no he podido menos de admirar la grandeza de alma del que por sus escritos ha merecido el justo sobrenombre de Príncipe de los ingenios españoles; tamaño esfuerzo, tan denodado aliento entre piratas feroces; tan insigne generosidad honra son del hombre mas oscuro y de la patria que lo vió nacer; cuantos mas si este hidalgo ha escrito el Quijote.

Así fué que cuando el espíritu aventurero de los borrascosos tiempos de mis juveniles años me llevó á Argel para presenciar el bombardeo de Mogador por la flota francesa que el infortunado Príncipe de Joinville mandaba, dejando á un lado todos los

gloriosos recuerdos que en un español escitan las playas africanas y la Colonia de Argelia me encaminé, como en otros tiempos, en busca de los baños de los cautivos cristianos y de esa cueva donde Cervantes dió tan relevantes pruebas de su generoso ánimo.

La conquista ha transformado de todo punto las tortuosas y sucias calles de Argel, los franceses al revestir con las galas de la civilización aquel nido de las águilas del mar, han destruido gran parte de los recuerdos y de su melancólica poesía: cómodas serán en verdad las calles rectas, las casas iguales y pintadas; los aleros en línea; pero en verdad que no hay belleza en las líneas rectas y que prefiero el aspecto de las ruinas y de los callejones oscuros al de esas monótonas hileras de tableros alujereados que llaman casas bonitas.

Numerosas eran las prisiones y mazmorras en que gemían los esclavos cristianos en tiempo de Cervantes Saavedra; pero solamente que estuvo en el baño real, con los cautivos de rescate y allí dirigi mis pasos. Ese edificio se halla en el barrio de Bib-Azum y no muy lejos descuella el cuartel de los genizaros. —En 1377 era cuadrilongo, tenía dos pisos, un patio en el centro con cisterna y alrededor corredores con aposentos ó celdillas miserables. —En los cenadores bajos había una capilla donde se decía misa los días festivos.

Hoy ha cambiado en mucho el edificio y se halla casi ruinoso y se asemejan sus calabozos sombríos, á los oscuros nichos de una bóveda de enterramientos. *No entra en ellos aire ni sol, ni se puede ver el cielo y apenas la luz... la inmundicia es notable... el hufo y el mal olor intolerable*, estas palabras de un cronista de la orden trinitaria tienen hoy todavía aplicación. Algunas familias pobres y tan sucias como todos los habitantes de Berbería se aposentaban en aquellas mazmorras regadas de tantas lágrimas, sordas á tantos ayes y crueles guardas del bien mas precioso que Dios concedió á los hombres, de la sacrosanta libertad. Allí estaban las huellas de las cadenas que se colgaban en los muros para ser colocadas en la delicada cintura del mas impaciente ó del mas inquieto. Allí recordé la donosa historia del cautivo, cuento oriental el mas fresco y galano de cuantos salieron de la pluma de nuestro inmortal escritor, *Los tratos de Argel* y todos los ilustres españoles que sufrieron hambres, desnudez, palos, fuego, injurias y toda vejación de aquellos perros moriscos! —Profundamente afectado dejé aquel lugar, padron de ignominia para la poderosa Europa del renacimiento, y me diriji por la puerta que da nombre al barrio, al jardín donde la cueva estaba que sirvió de guardia á los quince alentados caballeros que debían buscar su libertad y salvacion por medio de la galera fletada por Rodrigo de Cervantes.

Altivas y desquabrajadas rocas guarnecen la orilla amarillenta del mar por aquel costado y hácia Levante como dos millas y media de los muros, y no muy lejos del agua se estendian las restas del *carmen* ó jardín de el Alcaide Azam. Algunos setos de arrayaños y no pocas adelfas dobles, cuatro palmeras agostadas, muchos azofaitos, tejos y cidros, aquí una vid, allá varios olivos entre laureles y hasta un centenar de cipreses componen lo que hace doscientos sesenta y

ochó años era una huerta amenísima.—De la casa no quedan restos, ni pude tampoco encontrar la cueva. Los franceses que al comienzo de su dominación hicieron de este *parren* un cementerio rellenarian el antro espacioso.

Hoy todo aquello es campo erial y abandonado. — A pesar del ardoroso bochorno que nos rodeaba no quise retirarme sin tomar un croquis en mi cartera de aquel poético retiro de tan glorioso recuerdo para Cervantes. Entrando, pues en el mar, unas veces con el agua hasta las rodillas, otras saltando de peñasco en peñasco logramos abordar una roca donde brotaba agua pura, fresca, dulce y clarísima.—Allí me aposenté y el paisaje no pudo menos de admirarme por su novedad y grandeza. El mar que á mis pies se extendía estaba de color de gualda y las puntas de sus menudas ondas bordadas de oro, púrpura y plata; me ocultaba la ciudad, una roca enorme que en su majestuoso reposo y en su extraña forma un Títan vencido parecía: á la derecha mano una colina coronada de verdura y de un fantástico pensil me recordaba los poéticos jardines de Lanjarón y del Alhambra en Granada, y en el fondo se veía al fin de la arenosa playa el grupo de árboles del huerto de Azán y mas en lontananza esas montañas carmesíes, violadas, azules, de oro y de nacar que solo se ven entre las colinas de los horizontes africanos. Las memorias que á mi mente se ofrecieron, los pensamientos que se encendieron en mi fantasía y el vago dolor de placer mezclado que allí sentí no son para contados por torpe pluma, ni en diminuto artículo: bueno será por ende decir á mis leyentes:—*Valate.*

J. JIMENEZ—SEBRANO.

DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA.

6.

GRANDEZA POR VIOLENCIA.

(Epílogo preliminar.)

I.

INTRODUCCION.

El trueno de la guerra había retumbado en hora menguada para conmover la Europa entera. No parciales discordias y disturbios populares agitaban solo los ánimos: poderosas potencias se lanzaban entre sí á la pelea con furor sangriento é implacable: y á merced de la ambición y pasiones de monarcas impetuosos y de las influencias religiosas, habíase convertido el mundo en ancho circo de empeñados choques.

La libertad luchaba contra la opresion; la iglesia Loterana con la de Roma; el libertinaje de los príncipes se había entronizado con su poder omnimodo: y ni fe, ni pudor respetaban los que manchaban de continuo sus labios con impiós sacrilegios.

Aquella mezcla de supersticion fanática é incredulidad impía, relajaba en gran manera las costumbres, y bajo la suavia máscara de la impostura mas repugnante tenían lugar las pasiones mas vergonzosas é inmorales.

Existía el mundo 1322 años, despues de J. C.

Enrique VIII, señor del trono de Inglaterra, áca-

baba de romper las paces con la corte del caballero Francisco I.

Apenas era ascendido al trono de Castilla el emperador Carlos V, y ya destrozaban sin piedad el reino, nobles y comuneros; regents y eclesiásticos. Mas, los disturbios de los *países bajos* aparentaban aplacarse (si bien fué para estallar con nueva furia): acababa de arrojar á los franceses del Milanésado y de apoderarse de Génova, y el esclarecido príncipe meditaba pasar á sus vastos dominios españoles y dar unidad á un trono presa hasta allí de la ambicion cortesana, por la demencia é incapacidad de doña Juana su madre.

Ni el mérito y valimiento de los regentes don Iñigo de Velasco y don Fadrique Enrique, ni las astucias de su colega Adriano, electo ya á la sazón Papa, hablan influido nada en la pacificacion de sus estados; cansado como estaban los pecheros de esacciones y turbulencias, Empero esto mismo le presagiaba, como nada, el feliz resultado de su viaje, con un pueblo tan ansioso de la venida de su monarca, como única tabla de salvacion en tan azarosa existencia.

II.

CLÁUSULA SIN PANATISMO.

En el momento de tomar nosotros el hilo de este episodio histórico, ocupaban un estrecho aposento en el palacio de los Condes de Hocstrat, en Odenarda, dos nobles y distinguidas señoras: tales eran su gravedad sin afectacion, sus adornos ricos y preciosos, cuanto podian serlo con el gusto de la época. Distintas en edad y caracteres, si bien ambas hermosas, ni un momento pudiera existir la duda sobre lo íntimo y tierno de las relaciones que las unian. Notábase, á una rápida ojeada, que solo es tan ávido el mirar de una madre y tan afectuoso el respeto de una hija: y sin embargo, la una era Isabela de Culemburg, y la otra Margarita Vangest: la primera noble condesa de Hocstrat, y la segunda, hija de Juan Vangest y de Maria Cocquamba, nobles flamencos, pero de una fortuna muy limitada.

Bordaba Margarita, mas con la firmeza de sus sentidos, que con sus delicadas y blancas manos, un soberbio florón rojo, sobre un escudo de no comunes dimensiones, contenido apenas en un esquisito y festoneado tapiz azul. La bella elacion de las tintas y el delicado conjunto que resultaba, mas bien parecia obra de un aventajado artista de nuestro siglo, que del gusto, en aquella época, de una dama de las principales familias de Flandes.

Contemplábala la condesa con apasionado arrobó. Huérfana Margarita á la edad de cinco años, acogida y educada por los de Hocstrat, á quienes unia la mas intensa amistad con sus padres, habian hecho con ella desde aquel momento veces de tales. De esta suerte, objeto de los mayores cuidados y atenciones, al crecer en hermosura y gracias habíase puesto á la mayor altura de la ilustracion del siglo. De natural apacible y cándido, nada por las fiestas y placeres, nada por los devaneos y los amores se habia despertado en su pecho.

—Déjalo ya, hija mía, exclamó con bondadoso acento la condesa; sé amable contigo propia: no te permites la menor distraccion y fuerza será que llegues á fatigarte sin sentirlo.

—Oh! no lo temais; hay harta variedad en la obra: además, sabeis cuanto deseo presentársela concluida á vuestro... no, no; á mi segundo padre, se interrumpió Margarita con los ojos arrasados en lágrimas.

—Bien, pero Hocstrat, dijo la condesa, cogiéndola de las manos, mas sentimiento que placer recibirá en ello. Dedicar tus momentos de solaz, las distracciones propias de tu juventud...

—Mi juventud! Suspiró Margarita no dejándola acabar; acaso no fué para mí la juventud la edad en que para otros es la infancia! Mi juventud!... ay! Los sollozos oprimieron su garganta; tornaron á sus

pupilas copiosas lágrimas, y sus mejillas brotaron un carmin arrebatado.

—Margarita! eres injusta con tu suerte. Acaso nuestro cariño...

—Oh! Dios es testigo de su inmensidad!... y se arrojó trémula de amor y reconocimiento, en los brazos de Isabel de Culemburg.

—Eres un ángel, Margarita, y sin embargo...

—Concluid! Concluid!

—Temo causarte enojo.

—Oh! no por piedad!

Fluctuó la condesa y pasado un momento en silencio, dijo midiendo el efecto de sus palabras.—Y sin embargo, eres injusta con cuanto te rodea. A veces tus caricias me hacen creer que has encontrado una segunda madre...

—¿Y ponéis duda en ello, madre mía?

—Pues bien, si tu madre María, que está en el cielo, velando por tu inocencia y mi rectitud, anhelante por tu dicha y mi descanso... Si tu madre estuviera á tu lado ¿qué sueños que haría por tí?...

—Me haceis daño con tanta duda, madre mía...

—No, Margarita, no; ¿cómo representar su lugar á tu lado? ¿Cómo sustituir á una segunda providencia? Una madre adivina y obra con acierto; yo dudo... y al terminar la fluctuación, me decido siempre por lo peor para tí.

—Tendréis, entonces, por mudo lo silencioso de mi cariño. ¿Nada, nada os habrán indicado mi abnegación y mi respeto?...

—En nosotros, sería un crimen exigir de tí una ciega obediencia. No me indiques que no, hija mía, ¿qué de tormentos no te hubiéramos causado, casándote, por solo acceder á las exigencias del marqués nuestro sobrino?

—Oh! no concluyáis, exclamó trémula Margarita.

—Ah! tienes lo que siempre escucho de tí. ¿No tendrías otras palabras, otra confianza para tu madre? El marqués te desagradaba, pero otros muchos nobles te han pretendido despues, y no ha de haber, entre ellos, uno que te obligue á cambiar de pensamiento?

—Nunca! madre mía, nunca!

—Imposible, Margarita, imposible! Tanta hermosura, tanta juventud, el brillante porvenir que te espera en el mundo...

—Oh! desgracias nada más. Ni un punto acierto á formar ilusiones para mañana! Yo enloquezco al sentir en mí un instinto superior á todo raciocinio, y al que vivo subyugada. Además, son tan tristes mis presentimientos... Si alguno de esos orgullosos señores, olvidado un momento de sus blasones y riquezas, se bajara para colocarme á su lado, por satisfacer un capricho pasajero, que de ser tan débil que no comprenda, que, al volver de su delirio, me mirará junto á sí, no tan rica como su anhelo desea, y cual digo invencible á su ambición de fortuna en el mundo? Oh! por eso bendigo mil veces la vida en la clausura: allí...

—Margarita, ¿pues qué, nada podemos hacer por tí, mientras vivamos?... Despues si un triste destino...

—Si puedo disponer del tesoro de vuestro cariño, y por eso quiero vivir consagrada á él... y no concluyó, porque resonando cada vez mas fuertes los pasos en la galería inmediata, abrióse sin ceremonia la puerta para que embarazaba la entrada, y dejó pasar al caballero Antonio Lalini, señor de Hocstral.

—Aún tus ruegos á los míos, Conde, dijo Isabel de Culemburg al ver á su noble esposo, como idea salvadora para sacar á Margarita de las tristísimas ideas en que se había abismado—Arranquemos el tapiz de sus manos.

—Sí, fuerza será que sacrifique por ahora tan bellos talentos á los del tocador, contestó el de Hocstral con respetuosa galantería. Esta noche haremos de asistir á un sarao. Ha llegado el Emperador, que marcha á España: honrará con su presencia el festejo que la ciudad le prepara y justo es que toda la nobleza se esfuerce para hacerle agradable su paso por Odenarda.

—Oh! ciertamente que asistirémos. ¿No es ver-

dad, hija mía? acentuó cariñosa la Condesa.

Nada contestó Margarita: sus ojos se inflamaron: las mas extrañas tintas coloraron su semblante, y su corazón agitado comunicó una impresión trémula á sus miembros.

—Ay! quien penetrara los movimientos del alma en su primera concepción!!!

Las ideas de los primeros siglos no eran suficientes á traspasar las vallas del orgulloso y exigente influjo del feudalismo.

Dos únicas carreras contemplaba abiertas ante sí la nobleza: el ejército ó el claustro. Y doblegados ante tan bárbara alternativa, mártires eran del lustre de los pergaminos, los que, no bastante poderosos para enlazarse según su alcurnia, pronunciaban unos votos impios y sacrílegos, porque del altar de la divinidad hacían el pedestal de sus ambiciones terrenas.

Por este error ofuscada, pobre en riqueza cuanto abundosa en hermosura, fundaba Margarita Vangest su único porvenir tranquilo en el claustro: y esclava de tristes presentimientos, negábase al enlace de cuantos ambicionaban poseerla.

Quizá el solo sentimiento que revelára su alma fuera el instinto de su pureza.

—Ay! empero de la débil hoja espuesta á recios torbellinos en medio de la inmensidad!

III.

EL SARAO.

Las luces de cien arañas reflejadas en lunas venecianas hacían fascinador el aspecto de los salones. Toda la hermosura de Odenarda, toda la nobleza de la corte del Emperador Carlos V, se hallaba reunida allí. La magnificencia de los trajes con su crugiente selería: los suaves perfumes de los cincelados pebeleros; la animación deliciosa de la música, todo hacía que fuese digno y suntuoso el sarao que la ciudad daba á su régio hospedado.

Vagaba el joven príncipe de salon, contemplando las bellezas con *esquisito tacto*, según lo marcaba la admiración de los cortesanos. Una ropilla de terciopelo negro con vueltas de encaje y lijeramente bordada de oro componía todo su adorno; y la condecoración del *Tissón* su única insignia: mas, galante airoso y en la flor de sus años, su gracia personal daba cima al seductor realce con que la fortuna lo presentaba.

Cándida, hermosa, pura como su pensamiento virginal: sonrosado el semblante con el pudor de la castidad; agitado su seno por opuestos embates: seductores sus ojos con el brillo de la inocencia, esbello su talle con la elegancia del tocado, hallábase fascinadora al lado de la Condesa de Hocstral la anagética Margarita Vangest.

La señal de la primera contradanza había sonado, y el poderoso Emperador al buscar pareja á quien honrar, para romper el baile, fijó su régia vista en tan casta y fragante azucena. ¡Triunfo envidiado! ¡Elevación singular! Mas aparte el cielo de la mente el paralelo; también asciende la víctima que, yerto el verdugo, decapita en el cadalso.

Alucinado por su notable hermosura, no economizaba el Emperador ninguna clase de respetos: la miraba con atención prolija, y cuando, al dejarla en su asiento, se aproximó á un círculo de nobles no fué dueño de contener esta exclamación:

—Divina es, por mi vida, imposible que haya en mis estados belleza mas singular! Magnífico brillante para la corona de un príncipe...

Y esta fué la sentencia de deshonra para la inocente Margarita.

Envejecidos en las rancias costumbres de la Corte los aduladores de todos tiempos, no sienten sino al capricho de un hombre que al sonreír desdeño-

samente de su estupidez, les impone el yugo de mostrarse risueños y complacidos. Enalzados de esta suerte hasta en sus vicios, supeditada queda á un infernal escarnio la virtud mas acrisolada que ose poner un dique á satánicos desvarios. Bajos á lumbros, cual le mas repugnante escoria, se consagran inobres en su degradacion al impuro altar de las pasiones groseras de su dueño; y ávidos de una sonrisa, de un favor, con la fidelidad del perro y la astucia de la serpiente, una mirada la contemplan como una ley: una palabra como el sonido de la hora señalada para la ejecucion.

—¿Atendeis, Hernando?... dijo con marcado acento un caballero flamenco á otro, á quien hablándole misteriosamente habia conducido al extremo de una galeria un instante despues de que la notable hermosura de Margarita arrancara tan entusiasta exclamacion al príncipe.

—¿Habeis comprendido cuanto encierra mi plan?

—Sí: todo lo he oido. Vuestro plan es magnifico, mas no por eso es menos dudoso su éxito.

—Respondo con mi cabeza de que antes de ocho dias mandareis el tercio, y de que yo marchó con una buena comision para España.

—Todo eso será si logramos lo que tan bien fraguéis: pero si solo llegáramos á perder su gracia!...

—¿Por qué? por prestarle un servicio de tal naturaleza? Porque del éxito no dudareis...

—Y cuáles son los elementos para que sea bueno?

—Astucia y arrojo.

—Recapitémos, don Diego.

—Sea, Hernando. Ninguna duda creo abrigareis sobre los sentimientos del príncipe.

—A lo esencial, que podemos llamar la atencion antes de concertarnos.

—Lo avanzado de la hora, lo retirado de la calle á donde dan las taptas del jardín del de Hocstrat...

—Pss!... No seais imprudente! apercibió recatándose el otro de los interlocutores.

Miraron hácia (odos lados y despues continuó el reconvenido, con mas recelo:

—Una vez dueños del jardín, y con hombres de confianza que nos guarden las escalas... quiero que me respondais, si no pende ya todo de la astucia y del arrojo. Y apoderados de Margarita Vangest, veremos que es lo que arrancamos á la corona, en vez del magnífico brillante con que la vamos á espoliar.

—Necio ó loco fuera, si hallára que oponeros, don Diego.

—Sin embargo, aun falta mucho para que demos cima á nuestro plan.

—¿Pues qué, os pregunto á mi vez, olvidasteis cuáles son los elementos de buen éxito?

—Sí; pero no es solo arrojo y astucia lo que se necesita.

—Cierto, don Diego, mas por lo pronto separémonos.

—A la verdad que no es esta la mejor posicion para formar emboscadas.

—Adios; y mañana podemos reunirnos.

—No, no: arrojo y astucia os dije; mas, omití, preseteza.

—Pues entonces, dentro de una hora.

—En el pilar de la Virgen.

—Sin falta!—Astucia y arrojo!

—Presteza! añadió el otro como en asentimiento; y aquellos dos hombres se deslizaron inadvertidos por entre la multitud.

IV.

ESCALA Y VIOLENCIA.

Acababa de recibir en la frente el beso de paz de la condesa de Hocstrat.

Abrumado el cuerpo y condolida el alma, habia rechazado Margarita para desnudarse el auxilio de sus camareras. Lozana y como una flor tierna, al retirarse del regío sarao sentíase mustia cual ella despues de sufrir los ardientes rayos del sol de la concula. Consagrado tiempo hácia su espíritu al único

pensamiento de una vida santo y retirada, herian su corazón los gores terrenos y livianos. Apoyada en su reclinatorio exhalaba su alma los mas hondos y acerbos suspiros, al propio tiempo que inundaba su semblante copioso y amargo llanto.

Moraba con vehemencia aquel extravío momentáneo; y las sensaciones de tal temple solo uncion hallan en la gracia suprema de la divinidad.

Con dolorosa resignacion iba desprendiendo de su cabeza las flores y los adornos; y como arrepentida y queriendo lavar la impureza de aquel contacto, oprinía en seguida con afán convulsivo un precioso crucifijo de ébano, que velaba incesante por la pureza de su lecho. Una fervorosa oracion seguía á tales movimientos, y cual mísera pecadora no cesaba de implorar el favor divino, por culpas que nunca cometera.

El silencio mas profundo reinaba por todo. A un extremo del edificio, con balcones á una calle retirada y al jardín del palacio, solo el blando crujir de las ramas, ó pasos que insensiblemente se iban perdiendo, era cuanto se percibía en aquel aposento.

Los sollozos de Margarita, cada vez mas frecuentes, indicaban su agitacion progresiva. Sus blancas manos ocultaban casi enteramente el rostro; sus labios sufrían la agitacion mas violenta, y cual no siendo ya dueña de sí por mas tiempo, y sacudiendo al paso de su amargura, su cuerpo se inclinó excesivamente hácia adelante; sus rodillas chocaron con el pavimento, y desprendiendo en su caída parte de la colgadura, que derribára la hogia, quedó en la mas profunda oscuridad, al propio tiempo que sus labios balbuceaban:—Dios mio, piedad! piedad para mí!

—Y por qué, pobre criatura? Por qué la pides? Por qué sientes necesidad de ella?... Bien, que tú ángel de pureza ¿qué otra cosa sabes, que sentir instintivamente?... Ah! cuántas mugeres enloquecieron con los triunfos que te agobian! ¿Cuántas envidiarán ya tu suerte!...

Horribles fueron los instantes que se siguieron: próximo se habia percibido un ligero roce; un momento despues rodó una puerta sobre sus goznes y... Margarita, no se hallaba sola en su aposento.

Pasos lentos acompesados arunciaban la presencia de otro ser viviente en la estancia. Una linterna sorda prestó débilmente luz, sin descubrir al que la llevaba, y un segundo despues una mano nervuda atenazó el brazo de la infeliz Margarita, que al ahogar esta exclamacion: ¡Misericordia! se halló al frente de un medroso personaje enmascarado.

—Piedad! volvió á implorar en tono suplicante, levantando sus trémulos brazos; y no pudo concluir, pues la interrumpió un brutal acento:

—Silencio! Seguidme!

El hielo mas horrible se difundió por las venas de la inocente niña.

—Silencio y seguidme! volvió á articular, con estúpido acento, y un delirio espantoso la atosigaba ya.

Intimidada por tan medroso arceso no era dueña de sentir: privada de discernimiento no comprendía cuanto la amenazaba.

—Por Lucifer! que urgen los instantes, exclamó el de la máscara negra, levantándola de un sacudimiento; mas, cuando conseguido su objeto trató de emprender la marcha fué en vano, porque el cuerpo de la huérfana se desplomó en tierra sin sentido.

Hizo repetidos esfuerzos, todos inútiles:—pronunció un—¡Christ!—misterioso; con la rapidez de la imaginacion apareció otro segundo bulto, y entre ambos se apoderaron del tronco inanimado. Cesó de lucir la linterna y el silencio mas profundo volvió á reinar en el palacio de los condes de Hocstrat.

Aquella misma noche, breves instantes despues, favorecidos por su sombra, penetraron con el mayor misterio en el alojamiento del Emperador Carlos V tres bultos. No mucho mas tarde suspiraba apasionado el vencedor de Francisco I á los pies de la desolada Margarita Vangest.

V.

NUEVE MESES DESPUES.

Corría por el mundo cristiano el año de mil quinientos veinte y dos, según su era.

En la plaza de Odenarda, hallábase reunido mayor concurso que de ordinario. La animación extrema de los corrillos indicaba algún suceso extraño. Todo era misterio y dudas, y las repetidas preguntas de los curiosos transeúntes solo eran contestadas con encogimientos de hombros por los parados en grupos. Grande era el arcano y pocos los iniciados.

Gordo, moleteado, cuadrado, un menestral; raído el traje y magra la figura, un personaje incógnito; fornido y corpulento, un hombre-libra; y una comadre de indefinible semblante... formaban un corro, sino de los más brillantes, al menos de los más iluminados.

—Mosen Tomás! exclamó el de la vestimenta ducal dirigiéndose al de la física vestimenta: qué, tan lejos os halláis de saber la verdad de cuanto pasa?...

—Pues qué, acaso será falso lo del exorcismo? dudó, abriendo los ojos cual escudillas, el de la crasa figura.

—Ah! ja ja ja... prorrumpió la vieja.

—Falso y muy falso! Figuraos si ma hallaré yo enterado cuando no me separo un momento de la antecámara de mi señor el Duque.

—Lo cierto es que al señor conde de Hocstrat le ha llegado una embajada del Emperador *magnífico*: y todos se descubrieron á tal palabra.

—Ah! ja! ja! volvió á prorrumpir la vieja.

—A qué haceis tales extremos, cuando sabeis menos que todos nosotros? interrumpió el hombre oscuro volviéndose hacia ella.

—Quién sabe? indicó con un gesto malicioso de superioridad: ¿por qué no me doy tanta importancia como vosotros?

—Y qué es? y qué es? exclamaron todos estrechando el círculo con que la rodeaban ya.

Orgullosa, cuanto un gallo en sus dominios, paseó sus miradas por aquellos tres rostros estúpidos, y guardando silencio algunos instantes (justo castigo á la poca atención que fijaran en ella desde luego), exclamó por fin, abuecando lo posible su voz cascada:

—Cuanto voy á descubrir es puntualmente lo sucedido; mas, sin ofrecermos el mas completo silencio...

—Tía Braulia!

—Ahuela!

—Por Dios!

fué reconvenida en señal de asentimiento, y prosiguió:

—Lo que hay es... y aquí se redobló la atención; que la ahijada del señor conde de Hocstrat, la noble señora Margarita Vangest, adiciónó con hiel, ha dado á luz una niña y...

—Qué? Qué? la interrumpieron con impaciencia.

—El Emperador (Q. D. G.) que según algunos es el padre...

—Callad! Callad!

—Es posible? se santiguó el hombre craso.

—Oh! una vez que tan impertinentes os mostrais, no seré yo la que concluya, apostrofó con plaúdero acento la cronista.

—Si nos quereis hacer comulgar...

—Con la verdad, le interrumpió altamente fritada la viperina comadre.

—Y quién os ha hecho tragar tanta patraña?

—Hombre quizás sea cierto...

—Y tanto! Como que el marido de la que ha auxiliado en el nacimiento, es tío de la prima de la mujer del hermano de mi cuñado!

—Es claro! interpuso el mas crédulo y menos proteruberante de los tres que daba ya fáciles interpretaciones á todo: como que ella iria á guardar secreto á su marido; luego este bien pudo confárselo todo á su sobrina, la prima de la mujer del hermano de la cuñada de la buena comadre Braulia!

—Pues bien, insistió el del reluciente rostro; si tanto sabeis...

—Para el diablo que os lleve! gritó con aspereza la

comadre, y como en realidad no supiera más y se hallara con mucha ansiedad de encontrar infinitos creyentes que la escucháran, partió en su busca sin aguardar otras razones.

Aquí exclama el P. Fabiano Estrada:

«Este (el marido de la que asistió en el parto) con la misma fé, lo comunicó á un amigo (porque cada cual tiene alguno, á quien sea tanto, cuento le fiaron á él) y de aquí como la lluvia recibida en los tejados, corriendo de teja en teja, de canal en canal, viene á parar en la calle pública, así diciéndolo uno á otro, siempre debajo de silencio, lo que para cada uno era secreto, fué murmullo de todo el pueblo. Ni la madre, hecha ya la costa del deshonor, publicado el parto, llevó mal que se publicase tambien el padre: para honestar la culpa con tan magnífico nombre. Y la educación real descubrió en breve que era austriaca la niña.

VI.

EPILOGO.

Cuatro años despues de cuanto acabamos de saber Margarita de Austria, condesa despues de Parma y de Plasencia (tal se llamó la hija de Margarita Vangest y del Emperador Carlos V) influia ya en el destino de las naciones. El César habia pactado su himeneo (que no tuvo efecto) con Hércules, príncipe de Ferrara; para apartar á su padre Alfonso de la facción de la Francia.

Primogénita de Carlos V criárase en ella el mas tierno afecto, cual en justo desagravio de la ofensa hecha á su madre.

Confióla el Emperador, para que fuese educada, á su tía Margarita la casadora, gobernadora de Flandes é hija del Emperador Maximiliano I y de Maria de Borgoña.

Criada Margarita bajo las inclinaciones de tan varonil y virtuosa princesa; Gobernadora despues de Flandes por su hermano Felipe II, y en una épora tan matizada de horrores y en que tanta sangre se vertiera por los Españoles en los Países Bajos, no deja de presentarse en nuestra historia como uno de los personajes de mas bulto y dignos por lo tanto de grave contemplacion.

El silencio mas completo dedican las crónicas á Margarita Vangest. Según Clemencin (1) una hermosa flamenca acompañaba de incógnito al Emperador en todos sus viajes; mas sería aventurado suponer que fuera Margarita. Quizá, víctima de negra trama muriera agoviada de dolor, ó gimiera en penosa existencia los angustiosos años de su vida.

ANTONIO MARIN Y GUTIERREZ.

DE COMO SE ENTIENDE GENERALMENTE LA NACIONALIDAD.

Ciertas canciones, y sobre todo ciertos dramas, pretenden que un español vale por cuatro franceses, cuatro ingleses, cuatro portugueses, etc; pero como en todos los países hay canciones y dramas de brocha gorda, en París se canta que un francés vale por cuatro ingleses cuatro españoles, etc. en Lisboa que un portugués vale por cuarenta castellanos y en todas partes se dice como título de gloria:

—Soy Español!

—Soy Francés!

—Soy Portugués!

Llega un día de batalla, el Sol se desembaraza de las nubes y hace brillar las lanzas, los cascos y las corazas: en cada campo se dice respectivamente; á los españoles: «el sol de Pavia os alumbró» á los franceses «el sol de Austerlitz,» á los ingleses «el sol de Malplaque» mientras que el sol hace tranquilamente madurar las coles, las patatas y la cosecha de todo el mundo.

(1) Notas al Quijote.

Si los progresos de la inteligencia y de la civilización no son una quimera, tiempo es ya de que cesen estas rivalidades ridiculas, y de convenir en que en todos los países hay hombres valientes y esforzados.

El poder efectivo de una nación no consiste hoy en poseer esta ó la otra estension de terreno, sino en la industria, en el bienestar material, en el progreso moral: vale más tener diez leguas de camino de hierro en el interior, que veinte de campos yermos y despoblados conquistados en el extranjero. Un descubrimiento que ayude á la industria ó á la agricultura, tiene hoy mas importancia efectiva que la victoria mas ruidosa.

Sabido es que hay igualmente muchas canciones que tienen por estribillo y por tema, *cubrir los campos de cadáveres de los enemigos*.

Pero como cada país tiene su patriotismo y sus canciones patrióticas, de aquí se deduce naturalmente que los que llamais eneugos os dan el mismo título y quisieran igualmente emplearos en que deis jugo y sustancia á la tierra.

No puede admitirse este género de patriotismo en un país sin al menos tolerarle en el otro, y la consecuencia necesaria es que es preciso estercolar las tierras con los cadáveres de todos los hombres, lo que produciria excelentes recolecciones pero que nadie desgraciadamente quedaria para disfrutar.

En suma ¿qué son esas limitaciones de país? ¿qué la industria, la razon y la filosofia sino consiguen horrarlas?

Supongamos que sea uno habitante de la frontera, no es posible trazar una línea por delgada que sea, que no pertenezca por mitad á un país, y por mitad á otro. Indudablemente existen mas lazos de afeccion y de interés con el enemigo que se halla al otro lado de la línea marcada, que con vuestro compatriota que reside á cuatrocientas leguas de vos.

Esto no obstante, sobre esta línea hay una mata de yerba, la mitad es vuestra, forma parte de las hermosas praderas de vuestra bella patria, la otra mitad es una tierra maldita. Hay un peñasco en la línea, vos tomáis la mitad para romper la cabeza del enemigo, la otra mitad romperá la vuestra. Pero hé aquí lo que es peor todavía. Un tratado concede una porcion de territorio al extranjero; lo que era patria ó lo que al menos formaba parte de ella no lo es ya, por lo tanto habeis dejado de amarla. Antes era sublime dejar de existir por ella, ahora es heróico matar á los que la dedican y morir saqueándola.

Los pueblos por fortuna comienzan ya á ver claro; dentro de poco ninguna guerrá promovida generalmente por la ambicion de unos pocos. Al fin se acabará de comprender que todos tenemos una misma tierra que trabajar y las mismas necesidades con que luchar; que hay una gran patria que es el mundo, y que es una idea mezquina encerrar el amor de la humanidad en los limites trazados por el catastro.

DE LA LÓTERIA.

Su invencion ha sido vindicada por muchos personajes y en diferentes épocas. Es un plagio hecho á los romanos del imperio, á quienes ocurrió esta graciosa idea en las fiestas saturnales. Tal es el origen de esta antigua pasion, tan fatal para las sociedades modernas, y que no fué en su principio otra cosa que una diversion pasagera.

En tiempo de los emperadores de la familia Julia el poder descendia ya hácia su decadencia y la suerte estaba próxima á disponer de la púrpura: el azar que se introducía en las costumbres, debia en breve regular tambien los placeres; y el pueblo romano, que se habia dejado arrebatar su soberanía, no corría ya al foro sino á recoger las larguezas de sus señores. Augusto no hizo de la lotería al principio mas que

una especie de recreo, porque no ofrecía á la suerte mas que bagatelas; pero Nerón era emperador demasiado fatuoso para contentarse con seguir el ejemplo del prudente Augusto. En las fiestas que se celebraron por la eternidad del imperio, hizo al pueblo echar hasta 1.000 billetes al dia: unos daban un empleo y esclavos, los otros tierras y navios. Vino Heliogábalo, aquel disoluto que hacia tirar su carro sobre un lecho de rosas por mugeres desuadas; aquel emperador que vivió en medio de la voluptuosidad, y que murió en un lugar inmundo; aquel hombre, en fin, que tenia en el corazon una infernal trampa, y que parecia haber jurado hacer de todo lo humano una comedia para los dioses. En su reinado hicieron furor las loterías. Se divertió en componerlas de la mitad de billetes útil, y la otra mitad de cosas de ningun valor. Habia, por ejemplo, un billete de seis esclavos y otro de seis moscas; uno ofrecía un vaso de muchísimo valor y otro uno de tierra. Estos juegos sutiles agradaban extraordinariamente á los romanos degenerados del tercer siglo, y los acostumbraban á adivinizar el azar.

Mueren las loterías con Heliogábalo. Su sucesor Alejandro Severo tenia algo mas que hacer que divertir á los romanos: los puso en movimiento contra los godos. La civilización moderna amenazaba tragarse el poder de los Césares: Roma bajaba á las llanuras de la Galia, y allí era donde tenia que entregarse á juego mas terrible.

Duermen las loterías 1.300 años. Ni la grande anarquía de la decadencia, ni la ignorancia de las primeras edades de las sociedades modernas pudieron hacerlas olvidar enteramente. Los venecianos las pusieron otra vez en vigor en el siglo XV, y la república buscó en ellas recursos financieros. Primer ensayo que se hizo de aplicacion á las urgencias del Estado. Reservado estaba al tan sutil génio de la comerciante Venecia explotar provechosamente uno de los vicios del corazon humano, y despertar en el hombre una pasion funesta que debia servir tan bien á la auides de los gobiernos.

Después de haber hecho grandes estragos en Italia se adelantan las loterías como una plaga hácia el centro de la Europa; penetran en Alemania donde tal vez las llevó el gusto de los soldados de Carlos V, y llegan después á Francia donde al principio no tuvieron una gran acogida. De allí pasan á Inglaterra, que hácia el fin del siglo XVII buscó tambien en ellas sus recursos. El proyecto de su establecimiento tuvo una enérgica oposicion en el parlamento británico; pero se necesitaba dinero para la guerra y se permitió el juego. Los patriotas lo criticaron altamente pero se les tapó la boca con estas palabras: *Callad, esta lotería es la reina de las loterías: ella es la que acaba de tomar á Namur*. Era natural que los holandeses siguiesen el ejemplo, y así fué. Desde entonces habian llenado su mision las loterías, y depositado su germen fatal en las principales naciones de Europa.

Tal es el primer periodo de la historia de las loterías: hasta entonces no habian penetrado en las costumbres, pero bien pronto fueron elevadas al rango de instituciones. Toman de repente tal importancia en toda Europa, que no podremos seguir las en todos sus desarrollos. Admitida la lotería por los

gobiernos, siguen la misma marcha poco mas ó menos en todas partes, su fisonomía es casi la misma en todos los pueblos; los diferentes retratos que pudieran hacerse se parecen en las principales facciones.

Sabido es que en España fué introducido este juego á fines del siglo pasado.

En tiempo de la revolucion francesa no pudo librarse la lotería de la hacha que cortó tantos abusos. Ya en 1789 Montesquieu habia presentado á la asamblea nacional la lotería como invencion inmoral, y que debía desaparecer, y en los años siguientes se originó un debate entre muchos hombres políticos con motivo de un proyecto para suprimirla. Clavieres en una carta á Leyran respondía al argumento favorito de las loterías extranjeras por medio del que se demostraba la necesidad de conservar la lotería francesa con estas palabras irónicas: «Os robo aquí, porque de cualquier modo os han de robar en otra parte.» Clavieres pretendia probar esta verdad felizmente admitida: que el juego es un tráfico inmoral, principalmente en manos de los gobiernos. La asamblea revolucionaria decretó la abolición el 25 brumario (1793). La lotería parece á primera vista un tema favorable para hablar en nombre de la moral y la virtud, pero la Convencion ni aun juzgó la cuestion digna de ventilarse, y sobre

una simple peticion de la municipalidad de París recayó su famoso decreto, cuyo laconismo es tan significativo.

Permitásenos terminar con algunas comparaciones históricas, que no son insignificantes en la materia.

La lotería nació en los peores momentos del imperio romano, en el instante en que la igualdad habia desaparecido, y cuando no era ya el poder la recompensa del genio ó de los servicios prestados á la causa pública.

Resucitó en Venecia en el siglo XV bajo la tiranía de los godos.

En Francia se trató de establecer por primera vez en tiempo de Francisco I, rey débil y poco celoso de las costumbres.

Después se estableció definitivamente en el reinado de Luis XV cuando llegó la corrupcion al último grado.

La época en que se introdujo en España no será ciertamente citada en lo venidero como ejemplo de moralidad y buen gobierno.

En fin, en todos tiempos trata de plantarse á la sombra de los privilegios que los favoritos de los príncipes arrancan á su debilidad, y las asambleas insisten en prohibirla como perniciosa.

PELIGROS DE MADRID.

DIBUJO INEDITO DE ALENZA.



La charlatanería de los anuncios.

—Cien pliegos á maravedí ofrece el cartel!!
—¿Quién es el editor?
—El gran Tacano.
—No es mala la ganga! Los cien pliegos contendrán cien traducciones del francés torpemente copiadas de los folletines, ó ejecutadas por quien no sepa francés ni cas-

—El libro, tendrán cien millones de erratas y cien mil de disparates y saldrán ciento cincuenta veces mas caras que en las demas ediciones.

—No hay como tener un buen lente para penetrar el fondo de estas cosas, y saltárselas de semejantes libros.